

Reinos de Ambición

El precio de un imperio

ÓSCAR EIMIL

Reinos de Ambición

El precio de un imperio



ALMUZARA

© ÓSCAR EIMIL TRASANCOS 2019
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2019

Primera edición: Octubre de 2019

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Editorial Almuzara • Colección Novela Histórica
Edición al cuidado de: ROSA GARCÍA PEREA
Director editorial: ANTONIO CUESTA
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com — info@editorialalmuzara.com

Imprime: Black Print
ISBN: 978-84-17954-31-4
Depósito Legal: CO-1132-2019
Hecho e impreso en España—Made and printed in Spain

Para Davy, mi hijo querido.

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| <i>Estirpes de los personajes</i> | 11 |
| <i>Escenarios</i> | 15 |
| <i>Dramatis personae</i> | 21 |
| <i>Nota del autor</i> | 25 |
| <i>Prefacio</i> | 35 |
| Libro primero «Sancho» | 41 |
| Parte primera | 43 |
| Capítulo I..... | 43 |
| Capítulo II..... | 55 |
| Capítulo III..... | 71 |
| Capítulo IV | 91 |
| Parte segunda | 107 |
| Capítulo V..... | 107 |
| Capítulo VI..... | 123 |
| Capítulo VII..... | 137 |
| Capítulo VIII | 151 |
| Parte tercera..... | 167 |
| Capítulo IX..... | 167 |
| Capítulo X..... | 183 |
| Capítulo XI..... | 199 |
| Capítulo XII | 213 |
| Libro segundo «Sancho Garcés» | 229 |
| Parte cuarta..... | 231 |
| Capítulo XIII..... | 231 |
| Capítulo XIV | 247 |
| Capítulo XV..... | 265 |
| Capítulo XVI..... | 281 |

| | |
|--|-----|
| Parte quinta..... | 299 |
| Capítulo XVII..... | 299 |
| Capítulo XVIII..... | 315 |
| Capítulo XIX..... | 331 |
| Capítulo XX..... | 349 |
| Parte sexta..... | 363 |
| Capítulo XXI..... | 363 |
| Capítulo XXII..... | 381 |
| Capítulo XXIII..... | 399 |
| Capítulo XXIV..... | 419 |
| <i>Epílogo</i> | 435 |
| <i>Notas finales</i> | 437 |
| <i>Índice de escenas</i> | 445 |
| <i>Otros títulos de la colección</i> | 455 |

ESTIRPES DE LOS PERSONAJES

ESTIRPES DE LOS PERSONAJES

SANCHO III EL MAYOR DE PAMPLONA Y NÁJERA
(1000-1035)
=MUNIA DONNA DE CASTILLA

RAMIRO, REY DE ARAGÓN
(R.1035-1063)
=GISBERGA

FERNANDO, REY DE GALICIA, LEÓN Y CASTILLA
(R.1035-1065)
=SANCHA

GONZALO
(R.1035-1042)

GARCÍA, REY DE PAMPLONA
(R.1035-1054)
=ESTEFANIA

SANCHO RAMÍREZ
(R.1063-1094)
=ISABEL DE URGEL
=FELICIA DE ROUCY

URRACA SANCHO ALFONSO ELVIRA
(R.1065-1072)(R.1065-1109)
=ALBERTA =INÉS

GARCÍA
(R.1065-1072)

SANCHO RAIMUNDO ERMESINDA RAMIRO
GARCÉS
(R.1064-1076)
=PLACENCIA

PEDRO ALFONSO RAMIRO

GARCÍA

ESCENARIOS





DRAMATIS PERSONAE

EN GALICIA

García, el rey

Vistruario, el obispo de Lugo

Gudesteo, el obispo de Iria-Compostela

Diego Peláez, su sucesor en la Sede Apostólica

Rodrigo Ovéquez, el conde de Galicia y *armiger* del rey García

EN ASTURIAS

Fernán Díaz, el hijo segundón del conde de Asturias

Rodrigo Díaz, el hijo primogénito del conde de Asturias

Guina, la hija de un rico labriego

Arias Crómaz, abad de Corias y, más tarde, obispo de Oviedo

EN LEÓN

Alfonso, el rey

Jimena Muñoz, la amante del rey

Urraca, la hermana del rey

Elvira, la hermana del rey

Pedro Ansúrez, el conde de Carrión y de Saldaña
Yosef Ferruziel, el hebreo, médico del rey
Moshe Trebalio, el hebreo

EN CASTILLA

Sancho, el rey
Alberta, la reina
Rodrigo Díaz, el infanzón de Vivar y *armiger* del rey Sancho
Jimena, su esposa
Domingo, abad de Silos

EN NAVARRA

Sancho Garcés, el rey
Estefanía, su madre, la reina viuda
Placencia, su esposa, la reina
Raimundo, el hermano mayor del rey
Domingo, el de la Calzada

EN ARAGÓN

Sancho Ramírez, el rey
El conde Sancho, el hermano bastardo del rey

EN BARCELONA

Ramón Berenguer, el conde
Almodís de la Marca, la condesa
Pere Ramón, el primogénito del conde
Ramón, el hijo mellizo del conde

Berenguer, el hijo mellizo del conde
Patroclo, el enano de Berenguer

EN CLUNY

Hugo de Semur, el abad
Bernardo de Sedirac, el legado del abad
Adelmo de Ávalon, el novicio
Odilón, el boticario

EN ROMA

Alejandro, Santo Padre de la Iglesia Romana
Eblo de Roucy, Gonfaloniero de la Iglesia Romana
Hugo Cándido, Cardenal legado del papa
Gregorio, Santo Padre de la Iglesia Romana

EN EL MAGREB

Yusuf ibn Tasufin, emir de los almorávides
Ánazar ibn Yahya al Lamtuní, el primo de emir
Sir ibn Abu Bakr al Lamtuní, el primo del emir
El maestro, el monje de Mogador

EN SEVILLA

Al-Mutamid, el *hayib* de la taifa
Khaled ibn Hamid, el primo del *hayib*

EN TOLEDO

Al-Mamún, el *hayib* de la taifa

Amram ben Isaac ben Xalib, el judío almojarife del Tesoro real

EN GRANADA

Badis ibn Habus, el viejo emir

Abd-Alláh ibn Beluggin, el *hayib* de la taifa

EN ZARAGOZA

Al-Muqtadir, el *hayib* de la taifa

EN BADAJOZ

Al-Mutawakkil, el *hayib* de la taifa

Ibn-Abdún, su secretario particular —*katib*

POR TODOS LADOS

Vellido Areulfi, el matarife normando

Guarniero Pietrapennata, su *alter ego*

Halil al-Shaqundi, el enaciado

Ecta Rapinátiz, el extremadano

NOTA DEL AUTOR

Decía don Ramón Menéndez Pidal, y lo decía con gran conocimiento de causa, que *«el XI es el siglo de nuestra Historia más rico en momentos gravemente decisivos»*.

Por eso, los algo más de cien años que, a mi juicio, lo componen, son un auténtico filón para el novelista, porque no es fácil encontrar en un periodo de tiempo tan relativamente corto, históricamente hablando, tal cantidad de acontecimientos apasionantes, sorprendentes y sugestivos.

El siglo comienza en España, si no en sentido cronológico, sí al menos en sentido histórico, con la muerte de Almanzor, y termina, en mi opinión, en 1108, con el Pacto de Unión, el primer intento históricamente serio, aunque lamentablemente fallido, de unificar en una sola cabeza todas las coronas de la Hispania cristiana.

Entre medias, transcurrirán algo más de cien años que serán determinantes para la conformación futura y definitiva de nuestro país.

Es, efectivamente, en esta época, cuando se produce el nacimiento del reino de Castilla, a cuyo alrededor se agruparían las energías necesarias y la determinación precisa para alumbrar, pasados los siglos, ese gran proyecto común que es España.

También entonces surgiría el reino de Aragón que, con el paso del tiempo, se convertiría en el otro gran pilar que

serviría para sostener, en su diversidad, el edificio de esa realidad unitaria.

Asimismo, asistimos en esas fechas a la progresiva absorción de los pequeños condados de la Marca Hispánica por el condado de Barcelona, lo que va a preparar el camino para su futura integración, un siglo después, gracias al matrimonio de la infanta Petronila —hija del rey Ramiro, el Monje— y del conde Ramón Berenguer IV, en el reino de Aragón.

Es, por último, en ese tiempo turbulento, cuando se produce la definitiva incorporación de las provincias vascongadas a Castilla —una unión que perduraría sin interrupción hasta nuestros días—, y cuando aparece, en el sur de Galicia, un incipiente reino de Portugal que pronto llegaría a ser una entidad política independiente.

Fue también en este siglo cuando comenzó la Reconquista propiamente dicha, más allá de los grandes esfuerzos, a veces también ofensivos, que los pequeños reinos cristianos del norte habían hecho en los siglos anteriores para sobrevivir al empuje de los invasores árabes y norteafricanos que tomaron el control de prácticamente la totalidad de la Península en el año 711.

En este sentido, conviene no olvidar que fue en 1085, el 25 de mayo, precisamente, cuando los ejércitos cristianos consiguieron por primera vez reconquistar una gran ciudad del sur mahometano: Toledo, la capital del Reino Visigodo que, desde las orillas del Tajo, había llegado a controlar durante algo más de doscientos cincuenta años la totalidad de lo que, en un día muy lejano, había sido la Hispania romana.

En resumen, desde una perspectiva geopolítica, el siglo XI representa, a mi juicio, la reordenación definitiva de las piezas del tablero que llevaría, siglos más tarde, a la configuración de España tal y como hoy la conocemos.

Desde un punto de vista social es, asimismo, una época determinante para el futuro de nuestro país, fundamental-

mente por dos circunstancias: por un lado, por la eclosión de la Ruta Jacobea, que representaría, principal aunque no exclusivamente, el inicio de la paulatina apertura de España a Europa, y, por otro, por la definitiva subordinación de la antigua y cuasi independiente Iglesia Hispana a los dictados de la Iglesia Romana, lo que se operó, tanto a través de la reforma gregoriana impulsada desde Roma por los papas Alejandro, Gregorio y Urbano, como por medio de la intervención de Cluny, actor principal de los acontecimientos que por aquel entonces sucedieron en Europa, en general, y en España, en particular.

Desde un punto de vista cultural, por último, podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que, como consecuencia de la desintegración del califato, España se convertiría en esa época en el principal núcleo de irradiación cultural y artística de Europa, cuyo epicentro se situó en las numerosas cortes palaciegas que por aquel entonces proliferaron por la mayor parte de la geografía peninsular de los llamados reinos de taifas.

Para el lector que decida enfrascarse en la lectura de esta segunda novela de la saga *Reinos de Sangre* sin haberse leído la anterior —algo, por lo demás, perfectamente posible, pues la trama que en cada una de ellas se desarrolla es independiente de la de la otra—, conviene hacer ahora algunas precisiones que le ayuden a comprender cuál es el momento histórico con el que arranca la narración de *Reinos de Ambición*.

Al comienzo les decía que, a mi juicio, el siglo XI español comienza con la muerte de Almanzor. Pues bien, tras su desaparición de la escena política, en 1003, la devastación era, sin duda, la nota común a ambos lados de la frontera.

En el sur, su muerte señaló el punto de partida de un proceso de descomposición interna, históricamente conocido como la *Fitna*: un periodo de unos treinta años en el que se suceden en Córdoba hasta seis pequeños califas —como me gusta llamarlos—, todos descendientes de Abderramán III,

que fueron asesinados uno tras otro por los diversos grupos de interés que se disputaban el poder, en una lucha fratricida que condujo, hacia 1035, a la completa desaparición del califato.

Durante ese proceso de desintegración, van apareciendo por toda la geografía de lo que hasta ese momento era *al-Ándalus*, un gran número de pequeños reinos fundados por las más importantes familias servidoras del califato; reinos de taifas que, en poco tiempo, irían desapareciendo para integrarse paulatinamente en cuatro o cinco, los más importantes, que sucumbirían, finalmente, al poder de los bereberes norteafricanos —los llamados almorávides, guerreros del *ribat* o *al-murabit*—, que, a partir del año 1050, desde el curso alto del Níger y del Senegal, habían ido conquistando lo que hoy es Marruecos, y que cruzarían el Estrecho al final del siglo para restaurar parcialmente, al menos, el dominio del islam sobre el suelo hispano.

Estos reinos de taifas, por primera vez desde la conquista, vivirían subordinados a la fuerza militar de los antaño pequeños reinos cristianos. Es decir, los cultos, refinados y ricos reinos del sur de España fueron subyugados, que no conquistados, por la fuerza de los recios, pobres y aguerridos reinos del norte.

Allí, por el contrario, por encima de la línea del Duero y del Ebro, la muerte de Almanzor señala el comienzo de un lento proceso de reconstrucción que, con el paso de los años, llevaría al fortalecimiento y expansión de los reinos cristianos.

Durante el primer cuarto de siglo del segundo milenio, el territorio de la Hispania cristiana, además de los pequeños condados de la Marca que giraban en torno al condado de Barcelona, se divide entre tres grandes señores de la guerra, de oeste a este: Alfonso V, el Noble, rey de León, de Asturias y de Galicia; Sancho García, conde de Castilla; y Sancho III el Mayor de Pamplona y Nájera, una figura con la ambición

necesaria para intentar y casi conseguir lo que era por aquel entonces, y continuó siendo a lo largo de los siglos, una labor de gigantes: la de unificar bajo una sola corona todos los reinos de la Hispania cristiana.

A su muerte, sin embargo, decidió partir sus dominios entre sus cuatro hijos varones. Así, Fernando fue rey de Castilla, García, de Pamplona, Ramiro, de Aragón, y, Gonzalo, de Sobrarbe y Ribagorza.

Durante el reinado de estos cuatro hermanos —periodo histórico durante el que principalmente transcurre la trama de *Reinos de Sangre*, la primera novela de la saga— se produciría una progresiva concentración del poder en torno a la figura de Fernando, al que la Historia reconocería más adelante con el mismo calificativo que mereció Alejandro, el Magno. Así, mediante una estrategia combinada de sagacidad, prudencia, perseverancia, y fuerza militar, el rey grande —como le llamaban— consiguió controlar, bien directamente, bien por medio de vínculos de vasallaje, todo el territorio comprendido entre las costas gallegas y el Noguera Ribagorzana, en el límite territorial con los condados de la Marca.

A su muerte, en 1065, él era el gran dominador de la escena peninsular, porque consiguió con las armas someter a tributo a los más importantes reinos moros del sur; y porque derrotó y mató en el campo de batalla a su cuñado Bermudo, rey de León; a su hermano García, rey de Pamplona; y a su hermanastro Ramiro, rey de Aragón. Por eso, les decía que *Reinos de Sangre* es un nombre que hace justicia a lo narrado en la primera novela de la saga.

Poco antes de su fallecimiento, empero, Fernando, al menos desde el punto de vista contemporáneo, cometió el mismo error que su padre, el rey Sancho. Esto es, dividió el reino entre sus tres hijos varones: Sancho, Alfonso y García, lo que ocasionaría para esa generación un nuevo baño de

sangre que anegaría, una vez más, el suelo de la España cristiana.

Ahí, en ese momento histórico tan señalado, tras la muerte del rey Fernando, el Magno, comienza la narración de la novela que pongo hoy a su disposición, con la España cristiana dividida nada menos que en seis partes: la de cada uno de sus tres hijos: García, rey de Galicia; Alfonso, rey de León; y Sancho, rey de Castilla; la de cada uno de sus dos sobrinos, primos de éstos: Sancho Garcés, rey de Pamplona, y Sancho Ramírez, rey de Aragón; y la de Ramón Berenguer, conde de Barcelona, también emparentado con ellos.

En el sur peninsular, tras el proceso histórico de reagrupamiento al que antes hacía referencia, la escena política aparece dominada esencialmente por cuatro actores: los reinos moros de Zaragoza, Toledo, Sevilla y Badajoz, que se repartían la práctica totalidad del territorio situado al sur de una línea imaginaria que formarían el Ebro y el Duero.

Esta novela pretende modestamente ser, de alguna manera, un fresco de una época apasionante, históricamente compleja, y, a mi juicio, muy importante para comprender el futuro devenir de España, nuestra patria. Por ello, comprobarán que la acción que en ella se narra transcurre en múltiples escenarios: en cada uno de los reinos del norte cristiano, en las más importantes ciudades del sur mahometano, en el Magreb, donde los almorávides se preparan para saltar el Estrecho e invadir la Península, en Cluny, la gran abadía borgoñona, que tanta influencia tendría en la España de entonces, y en Roma, el indiscutible centro de la Cristiandad.

Hablando de novelas, es un lugar común afirmar que la vida real, esto es, la realidad cotidiana supera siempre en intrigas, en crueldad, en emoción y en alternativas a la ficción. Esa es, sin duda, la sensación que me ha quedado como autor después de haber realizado el esfuerzo que implica para un profano estudiar, comprender y relatar los aconteci-

mientos históricos que narra *Reinos de Ambición*. Por eso, les pongo en guardia antes de que empecemos: aunque pueda parecer lo contrario, el texto que pongo hoy a su disposición tiene mucho más que ver con la realidad que con la ficción y responde a lo rica, variada y vibrante que es la Historia de España.

Los hechos narrados sucedieron, dos años después de la muerte del rey Fernando, el Magno, entre diciembre de 1067 y julio de 1076, y comienzan en León, en un día duro y frío de invierno, con la muerte y el entierro de la reina Sancha, su esposa, y madre de los tres hermanos: Sancho, Alfonso y García.

Los acontecimientos turbulentos que tuvieron lugar durante esos años se cuentan en estas páginas, hasta donde sabemos, tal y como entonces sucedieron.

«Y Él le dijo: La voz de la sangre de tu hermano clama a Mí desde la tierra. Ahora, pues, maldito seas tú de la tierra, que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano».

Génesis, capítulo 4, versículos 10 y 11.

PREFACIO

Monasterio de San Juan y San Pelayo, León. Adventus Domini, 1067

Tañe, triste, León.

Hace diez días que, como una vela que se apaga, cansada de tanto alumbrar, expiró la reina, nuestra señora. En silencio, como vivió estos dos últimos años de infinito padecimiento. Con paciencia, porque Nuestro Señor tuvo a bien hacerla esperar durante todo ese tiempo para llamarla a su seno; y en soledad, sin otra compañía que la de Cristo y sus dueñas, en una celda oscura del monasterio de San Juan y San Pelayo del que, en sus desgraciadas mocedades, fue señora y *dómina*.

Su cuerpo, apenas conservado por el frío helador que vive dentro, ha permanecido desde entonces expuesto en el presbiterio de la iglesia recoleta, donde yace envuelto en un hábito austero de tela arpillera mientras aguarda, con su hijo Alfonso, el rey, a su vera, la llegada de sus otros dos hijos varones, a los que, hasta hoy, en la ciudad, con impaciencia todos esperan.

Aunque la demora, en verdad, no es imputable en esta ocasión, como muchos piensan, a las continuas rencillas que ha habido entre los hermanos desde que, hace cuatro años, el rey dispuso la partición en la Curia Regia, sino al mal estado de los caminos, que se transitan impracticables a todo lo largo y ancho de la meseta por la mucha nieve que, como

celestial bienvenida, ha caído incansable sobre los campos de Galicia, de León y de Castilla, desde que la reina pasó a mejor vida.

La ciudad aparece, por eso, cubierta por un espeso manto blanco que, como un enorme y gélido sudario, acentúa la sensación de desamparo que se adivina en todas las esquinas, tras los quicios de las puertas y en torno a los hogares encendidos, donde pecheros, eclesiásticos, nobles y caballeros miran inquietos al futuro que les espera ahora que la reina Sancha, y con ella su templanza, ha ido a reunirse en el cielo con su esposo, el rey Fernando, nuestro señor, al que tanto quiso cada día desde el mismo instante en que él nos abandonó.

Iglesia de San Juan Bautista, León. Adventus Domini, 1067

Anochece sobre León cuando el cortejo fúnebre abandona la iglesia del monasterio para recorrer el breve y triste trayecto que llevará el cuerpo de la reina a su última morada terrena. La portan en hombros, mirando a San Juan Bautista, seis monjes de San Benito que, con sus hábitos pardos y las capuchas puestas, rezan entre susurros el salmo miserere mientras avanzan, despacio y ateridos de frío, sobre el níveo lecho de piedra.

Al frente, abriendo camino, Pelayo, con báculo y mitra, y la casulla morada que anuncia la penitencia y el duelo que deberá vivir el reino en los próximos tiempos. Alrededor, con un silencio que estremece, la ciudad entera que flanquea el paso estrecho por el que avanza a duras penas, entre antorchas encendidas, el cuerpo inerte.

El viento se ha detenido y el cielo aparece encapotado, de un color gris plomizo, que presagia para el reino tiempos de oscuridad, de dolor y de muerte. Una atmósfera ingrátida e irreal acompaña a los que procesionan y gruesos copos de

nieve se posan suavemente, como sin quererlo, sobre el rostro cerúleo y marchito de la antaño fresca y hermosa Sancha, hija de Alfonso, el Noble, y esposa de Fernando, el Magno, reina que fue de Galicia, de León y de Castilla.

A los pies de San Juan Bautista, cuando entra lentamente por el portón la serena comitiva, se encuentra el panteón en el que deberá conservarse para siempre su cuerpo: un pórtico construido en tres naves, las mismas que tiene el templo, rematadas con bóvedas de arista apoyadas en arcos de medio punto sostenidos sobre cuatro pilares robustos. Todo ello con impostas, capiteles y tímpanos bien historiados con bellas escenas de los Santos Evangelios.

A esta hora, la de vísperas, a la sombra de la bóveda de la nave de la Epístola, justo a la vera del sarcófago en el que desde hace dos años descansa el cuerpo de su esposo, el rey Fernando, se halla el cofre vacío de piedra sembrada que allí espera para guardarla.

Los canteros, a una prudente distancia, rodilla en tierra y en posición de profundo respeto, observan como pasa la comitiva al lado de la pesada losa bien labrada que han ido elaborando con esmero para la reina durante las últimas semanas.

Una luz tenue y fría penetra por los pocos huecos abiertos, por lo que la penumbra, por instantes, se apodera del interior de los muros del templo. Solo el resplandor de las teas y de las muchas velas encendidas ilumina suavemente la solemnidad del momento.

Allí, alrededor de los dos sarcófagos de piedra, aguardan, acompañados por sus más cercanos consejeros, los cinco hijos de Fernando y de Sancha: Urraca, Sancho, Alfonso, García y Elvira.

Sancho, rey de Castilla, imponente y recio como es, tenso a los pies de la urna que guarda los restos de su padre muerto, no puede dejar de pensar ni por un momento, mientras contempla como se acerca el cortejo, en las palabras que a la Curia Regia dijo su padre, el rey Fernando, hace ahora

cuatro años, en aquel infausto día, cuando decidió partir el reino y contravenir así gravemente su derecho de nacimiento: «Sancho, mi hijo primogénito, será rey de Castilla a partir del río Pisuerga. Serán también de su reino las Asturias de Santillana, Nájera, Pamplona y todas las realezas que me pertenecen en los Montes Pirineos, hasta Tolosa. Su corona incluirá las parias que anualmente paga el régulo de Zaragoza».

Observa después con detalle a su hermano, el tercero, el favorito de la reina, que, con la mirada perdida, espera a la vera del cofre vacío junto a las dos hermanas que no han hecho en la vida otra cosa que apoyarlo y sostenerlo; y, mientras hierve por dentro, continúa recordando en silencio: «Alfonso, mi hijo segundogénito, será rey de León, de los Campos Góticos y de las Asturias de Transmiera hasta el río Cue, de Astorga, del Campo de Zamora, del Campo de Toro y del Bierzo hasta la villa de Ux, en el monte Cerbero. Su corona incluirá las parias que anualmente paga el régulo de Toledo».

Mira por último al pequeño, que aguarda al otro lado de las urnas de piedra, y maldice por dentro mientras murmura las últimas palabras que el rey dijo en aquel momento:

—«García, mi hijo terciogénito, será rey de Galicia y de Portugal. Su corona incluirá las parias que anualmente pagan los régulos de Híspalis y de Badajoz».

Cuando se acerca la comitiva hace un gran esfuerzo para olvidarlo y, con un gesto de la mano, sereno, sus más fieles servidores, que han venido desde Burgos para guardarlo y protegerlo, hincan a sus espaldas la rodilla en tierra y bajan la cabeza al mismo tiempo que lo hace su dueño: Alvar Díaz, señor de Oca; García Ordoñez, señor de la Bureba; Gonzalo Salvadórez, señor de Lara; y Rodrigo Díaz, el infanzón de Vivar, compañero de juventud, *armiger* de sus ejércitos y su más fiel consejero.

Llegados que son al pórtico, los monjes depositan las angarillas sobre el tabernáculo de piedra basta y se preparan para introducir el cuerpo rígido dentro de la urna funeraria. Los prelados —Pelayo de León, Pedro de Astorga y Bernardo de Palencia— recitan con voz ronca el canto solemne del oficio de difuntos de la vieja liturgia hispana. Huele a cera gastada, a frío, a humedad y al incienso que a lo largo del día se ha ido quemando con generosidad por todos los rincones del templo.

Cada uno de los reyes, los tres hermanos, por orden de nacimiento: Sancho, primero, después, Alfonso y, por último, García, ya en la despedida, echan un buen puñado de sal sobre el cuerpo muerto, mientras que los canteros se afanan a un lado con la pesada losa que va a asegurar, por los siglos de los siglos, su descanso eterno.

Cuando, con dificultad, intentan encajarla en el hueco, una lágrima furtiva asoma a los ojos de Alfonso, el rey de León, su hijo predilecto. Urraca, siempre a su lado, le acaricia, imperceptible, la túnica con un gesto, rozándole levemente el brazo para darle consuelo.

Todo ha terminado. Solo queda aplicarle la argamasa para el sello.

LIBRO PRIMERO

«SANCHO»

PARTE PRIMERA

CAPÍTULO I

Ribat de Mogador, Islas Púrpuras, a una milla de la costa occidental del Sáhara, al-Magrib al-Aqsa. Invierno, 1068 — 460 de la Hégira

—¡Allahu Akbar! ¡Allahu Akbar! ¡Allahu Akbar!

El bramido sordo de las olas al chocar violentas contra los gruesos muros de piedra caliza de la sólida fortaleza costera apenas logra mitigar los desgarradores alaridos del reo. Hace menos de una hora que, con la salida del sol, comenzó el suplicio y Ánazar espera con los demás novicios, al amparo de las almenas que rodean desde lo alto el patio de arena, a que la cimitarra del verdugo devuelva el silencio al monasterio.

La mañana, inesperadamente, ha amanecido clara y limpia, a pesar de que anoche parecía que la gran tormenta desencadenada sobre la mar oceánica, que durante horas azotó inmisericorde la isla, iba a durar varios días. Ni una sola nube se avista ahora en el cielo y solo el viento fuerte de

ponente, el chillido de las gaviotas y las minúsculas partículas de agua salada que flotan invisibles en el aire suspenso le recuerdan al moribundo, con un leve frescor en el rostro, que nunca más después de este día volverá a contemplar la luz de la vida.

El condenado, al que apenas mantiene en pie la gruesa soga de cáñamo que lo sujeta fuerte al puntal de madera clavado en el suelo, y que sangra profusamente por los muñones en que se han convertido sus extremidades tras los cortes limpios que allí ha practicado con pericia el matarife senegalés, estira el cuello con avidez para mostrárselo diáfano al acero, y suplica al gigante de ébano, entre rezos, una y otra vez, que le dé cuanto antes el golpe de gracia que ponga fin a su sufrimiento.

La sangre derramada tiñe, por eso, de un rojo intenso la arena, donde los monjes guerreros que conviven con ellos, con sus rostros velados bajo un basto trozo de tela arpillera, forman en silencio un amplio círculo que rodea el patíbulo mientras, impávidos ante el dolor ajeno, contemplan solemnes la macabra escena.

Ánazar ibn Yahya al-Lamtuní, el siervo de Dios, justo antes de que llegue el momento, aparta la mirada del patio de armas, oye el desgarrador grito de la vida que se escapa, se da la vuelta y, asomándose por entre las almenas de piedra, posa su mirada perdida sobre la superficie irregular del agua. Mientras contempla las crestas de las olas que, unas contra otras, rompen con furia en el angosto canal que separa la isla del continente, piensa en los muchos trabajos pasados durante los años de reclusión que han transcurrido desde su llegada al monasterio. Años de recogimiento, de oración y de esfuerzo que le han permitido, al principio, aproximarse al Creador, después, vivir en comunión con Él y, finalmente, estar preparado para llevar a término la magna tarea que, siendo niño, el Altísimo por intermediación de Abd-Alláh ibn Yasín, el viejo maestro del *ribat*, le encomendó.

Ánazar tiene la cabeza pequeña, bien rasurada y completamente cubierta por un turbante de áspero lienzo. En su primera juventud, es alto, enjuto y oscuro, y tiene, debajo de sus largos ropajes, de un blanco desvaído, unos músculos largos y fibrosos, tirantes como cinchas de cuero. Detrás del velo de arpillera que cubre parcialmente su rostro, se advierten unas facciones nobles y bien proporcionadas, ocultas en parte por una incipiente barba rala, y una llamativa nariz aguileña, a la que dan sombra unos pequeños e inquisitivos ojos negros.

Mañana abandonará para siempre el resguardo del estrecho y el de los gruesos muros de piedra. Las vastas e interminables arenas del desierto le esperan ahí fuera, flanqueadas al este por las altas y blancas cumbres que llegan hasta el cielo. Él es ahora un guerrero del *ribat*, elegido de entre los elegidos de Dios, y hará exactamente lo que de él se espera: la *yihad*. No se detendrá hasta erradicar con su espada la blasfemia y la ofensa continua al Altísimo en que los hombres han convertido la vida en la tierra. Luchará, codo con codo, con sus hermanos de sangre para dominar el continente y después más allá, hasta conquistar *al-Ándalus* y las vastas extensiones donde habitan los cristianos del norte, allende las altas montañas que un día ya muy lejano sus antepasados lograron forzar.

—Y lo haré —murmura convencido, mientras que en el patio de la fortaleza los monjes desatan el cadáver del ajusticiado para darle tierra— porque así está escrito y lo quiere *Alláh*, el Grande, el Clemente, el Misericordioso, Bendito sea por siempre su Santo Nombre.

*Un manso a orillas del Narcea, suroeste de Asturias, Reino de León.
Invierno, 1068*

El muchacho y la muchacha, al amparo del bosque profundo que se extiende hasta el mismo borde del cobertizo,

penetran a hurtadillas por el estrecho hueco lateral abierto entre los bastos listones de madera. Hace frío fuera, aunque la mañana es clara y el viento está en calma. Anoche llovió en abundancia y el heno esponjoso acumulado en el altillo rezuma humedad a causa del agua que penetra por las invisibles grietas del techo. Huele, por eso, a moho y también al estiércol mojado que se acumula en el suelo. Unos hillos de vapor de agua ascienden, como sin quererlo, desde la hierba apilada hasta las cerchas sobre las que descansa una gruesa capa de paja apelmazada, para fundirse allí en pequeñas gotas que cuelgan a esta hora de los maderos. Solo el mugido de las vacas recién ordeñadas y el murmullo sordo del río quiebran la quietud del silencio.

Hace unas horas que los siervos trabajan en los campos y que las mujeres realizan sus faenas diarias en la casa cercana, por lo que nadie perturba la soledad del momento.

Excitados, entre risas y chanzas, corren desenfadados desde el hueco a la escala de madera que da acceso al montículo del heno. Con prisas, suben precipitadamente por los travesaños: primero ella, sujetándose con una mano la larga falda mientras que con la otra se agarra al larguero, y después él, mirando ansioso entre los pliegues del rudimentario tejido negro para observar lo que con tanto celo se oculta allí dentro.

Cuando llegan, se dejan caer sobre el lecho mullido y aguardan un momento tumbados recuperando el resuello, mientras contemplan en silencio, a través del enorme hueco que enmarca el cobertizo por dentro, los verdes campos que, al frente, se extienden a lo lejos.

Al poco, sin más demora ni otra norma de comportamiento que la urgencia que le impone su propio deseo, él se da la vuelta en el heno, se incorpora levemente, se aproxima vigoroso, cubre a la joven con su cuerpo, la abraza y, sin decir nada, la besa. Suavemente primero, mientras le levanta, despacio, el desgastado brial de cuero, y apasionadamente des-

pués, cuando a la vista de sus grandes pechos descubiertos se descarga sobre su sexo enhiesto toda la pasión del momento. Ella le deja hacer sonriendo y, a medida que pasa, interminable el tiempo, se siente poseída, como siempre que lo hacen, por la fuerza de su musculoso cuerpo.

Mientras piensa excitada en cómo él la penetra una y otra vez, y en cómo la agarra con fuerza las nalgas y le estruja ávido los senos, cierra los ojos y, por un momento, siente, con una chispa de lucidez, cuando él acaba y se separa satisfecho para tumbarse a su lado de nuevo, que esta bien podría ser la última vez.

—Echaré de menos el valle —dice él, todavía jadeante y ya de espaldas sobre el heno.

—Y yo a vos, mi señor. No sabéis lo mucho que siento que os tengáis que ir tan lejos.

—Será por poco tiempo, no os preocupéis. Veréis como antes de que os deis cuenta, estaré aquí de nuevo.

—No os creo. Noto que por dentro estáis bien contento y que jamás volveréis.

—Lo estoy, es cierto, pero —duda al decirlo— os equivocáis de lleno, porque pronto regresaré.

Ella no contesta. Sabe en su fuero interno que no es verdad lo que le está diciendo. Precisamente por eso observa durante un rato el techo, baja después la mirada, se da media vuelta y clava fijamente sus ojos negros en los suyos para intimarle con un deje de angustia, luego:

—¿Juráis, Fernán, por los Santos Evangelios, que regresaréis a mi lado algún día y que nunca volveréis a abandonar estas tierras de nuevo?

—Os lo juro por Dios, Guina —le contesta, decidido—. Y vos, ¿juráis también que esperaréis paciente mi regreso?

—Os lo juro, Fernán. Sabéis que a partir de hoy contaré con esperanza como van pasando los días.

Fernán Díaz, ojos azules, mirada clara y pelo de paja en una cara alegre y desenfadada, es el hijo segundón de Diego

Rodríguez, el conde de Asturias que señorea las tierras del Narcea; y Guina, hermosa como el día, la hija del dueño del manso, un rico labriego.

—Nunca hasta hoy había reparado en lo bello que es nuestro valle —dice él, mirando con nostalgia los campos que se extienden a lo lejos.

Ella lo observa en silencio. Lo quiere desde que recuerda y siempre ha sentido por él una atracción perversa, como una fuerza irresistible que anida desde niña en su corazón y que le obliga a estar siempre a la vera de su amor. Por eso, ni se imagina como va a ser su vida sin poder verlo cada día. Aun así, no va a permitir que el peso del adiós les estropee esta última cita, por lo que, sin pensárselo dos veces, se acerca a él de nuevo y le deposita en sus labios un cálido beso de amor.

—Acordaos de nuestro valle, Fernán —le dice mientras que una lágrima dormida se encarama a sus pupilas—. Aquí nacimos vos y yo el mismo día, precisamente para que nada ni nadie se interpusiera entre los dos.

—¡¡Guina..., Guina..., Guina!! —Se oye una voz femenina que grita a lo lejos, y que avisa a la pareja de que se acerca la hora del regreso.

Ella se levanta, agitada, se tapa y se arregla con prisa la falda, mientras que él, tumbado, la contempla ensimismado: sus piernas blancas, sus hermosas caderas, sus senos redondos y ese rostro dorado que hasta cuando no dice nada lo llama con pasión a su lado. «En verdad que, por mucho que dure mi ausencia, y sean cuales sean los caminos por los que el destino me lleve, nunca encontraré a nadie en el mundo que me quiera de esta manera».

—Volveré, Guina. Claro que volveré algún día, querida mía —musita en silencio.

A los pies de los muros de la alcazaba, Al-Mariyya, Taifa de Almería. Invierno, 1068 —460 de la Hégira

La espuma blanca y, por momentos verde esmeralda, cubre la enorme bahía y el viento de levante azota fuerte en lo alto del cerro, cuando comienza, poco a poco, a declinar el día.

Al-Mariyya, una mancha blanca que brilla arrimada a los gruesos muros terrosos de la enorme ciudadela, cuesta abajo de la colina donde sus abigarradas callejuelas articulan la medina, se prepara para sufrir las consecuencias de las fúnebres noticias que van llegando, a cuentagotas, desde la alcazaba, allí arriba, donde Muhammad ibn Sumadih al-Mutasín bi-llah, el *hayib* de la taifa, vela sentido el cuerpo enfermo de su *wazir*, Abdalá ibn Arqam.

Al mismo tiempo, de anochecida, en una casa de adobe arrimada a la muralla, justo en medio de la minúscula judería, se enciende una lámpara de aceite cuyo tenue resplandor, como una guía, señala desde una pequeña ventana, a los pocos transeúntes que la transitan, cuál es la morada del viejo judío Ben Yitzhak Ferruziel, que es astrólogo, alquimista y el mejor médico de la ciudad.

La casa es modesta y tiene tres piezas. En una de ellas, la más pequeña, alguien se apresta para pasar en vela la noche entera.

A Yosef, el único hijo del galeno, le gusta, en verdad, la soledad. Por eso, aprovecha las horas de oscuridad, cuando nada ni nadie perturba sus pensamientos, para observar embebido el firmamento y meditar recogido a la luz de los textos que le proporciona su padre y maestro.

Cuando ya han transcurrido las primeras horas de vigilia y la ronda de medianoche está a punto de pasar, le sobresalta un leve ruido fuera, mientras introduce la gastada pluma de ave en el tintero. Es el cierre de la reja que protege la puerta. Su padre, como todas las noches, está de vuelta de la ciudadela. Con parsimonia, levanta la cabeza y advierte, cuando

se entrecruzan sus miradas al fondo del corredor, que en la de su padre, un hombre ya viejo, brilla esta noche como con intranquilidad un destello. Tras un momento de espera en el que lo oye cuchichear en la cocina, observa como entra con tiento en la pieza y, desde muy cerca, en voz baja, con gesto grave y serio, le cuenta:

—Yosef, traigo conmigo muy malas nuevas. El *wazir* morirá esta noche sin remedio tras su larga enfermedad.

—En verdad lo son, padre, pero vos habéis hecho por él mucho más de lo que cualquier otro médico hubiera podido hacer.

—Es cierto, hijo, que he empleado en él todo mi esfuerzo y mi ciencia, pero, aun así, tratándose como se trata de veneno, morirá, y temo mucho las consecuencias y la ira del *hayib* Muhammad.

—No os entiendo, padre —le contesta inquieto—. ¿De qué consecuencias me habláis?

—Durante estos años, hijo mío, desde que tuvisteis suficiente juicio, y al igual que antes hizo mi padre conmigo, os he enseñado a sanar cuerpos, a restaurar sentidos, a recomponer huesos y a hacer compañía a las almas de los nuestros, mientras transitan después de la muerte hacia el mundo de las sombras en busca del descanso eterno. También a leer lo que dicen las estrellas del firmamento y a preparar tanto buenos remedios como mágicos unguentos. Toda esa sabiduría antigua que de generación en generación nos entregaron nuestros antepasados y que vos, Yosef, tenéis la obligación de preservar con celo para transmitirla luego.

—Disculpad, padre, pero os repito que no os entiendo, ¿por qué me decís ahora todo eso? —le intima de nuevo, ahora ya con miedo en el cuerpo.

—Escuchad atento. Debéis aprovechar el tiempo que todavía tenemos y partir sin demora de la ciudad al amparo de la oscuridad. Cuando despunte el alba se nos habrá pasado el momento. Evitad los caminos y no os dirijáis al oeste, por